



**Comunicación del doctor Álvaro Mendoza Ramírez,
Rector de la Universidad.**

Misa por Su Santidad Juan Pablo II



El Rector y los miembros del Gobierno Central de la Universidad invitan a la comunidad universitaria a la Santa Misa que tendrá lugar hoy viernes 8 de abril a las 12:00 m., oficiada por el Vice Gran Canciller de la Universidad, Monseñor Hernán Salcedo Plazas, coincidiendo en la fecha con los funerales de Su Santidad JUAN PABLO II en la ciudad de Roma.

Esperamos que todos nos hagamos presentes para pedir por el alma de quien, poseemos la certeza moral, goza ya, en virtud de su vida santa, de la visión beatífica, sin embargo de lo cual merece las oraciones de quienes tenemos tanto para agradecerle.

Nuestro Gran Canciller nos indica en carta reciente que estas oraciones serán "De ida y vuelta", en tanto redundarán en nuestro propio provecho. La Santa Misa nos permitirá, igualmente, agradecer al Señor por habernos dado un Pontífice de la talla de JUAN PABLO II, rogar por la fortaleza de la Iglesia durante estos días de Sede vacante y encomendar a la persona del próximo Papa, a quien todos debemos querer y respetar desde ahora, aún sin conocerlo.

Para la gran mayoría de nuestra comunidad universitaria, conformada por personas menores de veintiséis años, JUAN PABLO II es el único Papa de su vida.

Con la Santa Misa a la cual invitamos, la UNIVERSIDAD DE LA SABANA se suma a los actos de reconocimiento y de oración que se están dando a todo lo ancho y largo del mundo, como homenaje a quien fue, sin duda alguna, el personaje más importante de las últimas décadas.

Un cordial saludo.

Álvaro Mendoza Ramírez.
Rector

**Hoy viernes 8 de abril,
Misa campal en memoria de
Su Santidad, Juan Pablo II.
Hora: 12:00 m.
Lugar: Plaza de Los Balcones**

JUAN PABLO II, UN PONTÍFICE ORIGINAL

Por Jutta Burggraf

Se ha acabado uno de los pontificados más largos, ricos y originales de la historia. Juan Pablo II ha batido récords y ha roto esquemas en prácticamente todas las tareas que emprendió. Un sinnúmero de documentos, viajes, mega-organizaciones y encuentros personales con la gente más variada en los cinco continentes dan testimonio de ello.

Un Papa cercano

Cuando Karol Wojtyla se convirtió en el Pastor Supremo para todos los cristianos, no renunció por ello a su espontaneidad, ni a sus amigos, ni a pensar por sí mismo, ni a las vacaciones en las montañas; no disimuló su amor a la belleza, a la música o al deporte. Tampoco se veía obligado a evitar las muestras de afecto hacia niños y ancianos, sanos y enfermos, pobres y ricos, policías y delincuentes, hombres y mujeres. En una palabra, rechazó la tentación de transformarse en un dignatario solemne y seco. Dejó claro, desde el primer momento, que no quería tener alrededor suyo ningún "aire de importancia". Se mostró al mundo tal como era, con gran sencillez, e hizo palidecer, cientos de veces, no sólo a los maestros de ceremonia, sino también a su equipo de seguridad.

Cuando, después de su elección, Juan Pablo salió por primera vez a una de las ventanas del Vaticano, lloró de emoción ante una multitud fascinada; más tarde, los periodistas le llamaron con asombro "Un Papa para tocar", título que ha merecido hasta el último día de su vida. El cargo más alto que una persona puede tener en este mundo, no aplastó la personalidad del sucesor de Pedro; no engendró en él ningún gesto presuntuoso, petulante o distante. Este hecho de que una persona investida de gran autoridad se muestre "normal", como uno más entre los vecinos, puede considerarse un milagro de la gracia, según opina santa Teresa de Ávila.

Juan Pablo II era un hombre muy de la tierra y muy de Dios. Parece que no sólo quería "seguir" a Jesucristo, sino que quería dejarle entrar a través de la oración y los sacramentos hondamente en su corazón; permitió a Cristo vivir en él y actuar desde su interior.

El secreto de Juan Pablo II

¿Cuál ha sido el secreto de este Papa? ¿Por qué ha podido mover el mundo como si fuera una tabla de ajedrez? Una pequeña anécdota puede arrojar luz sobre ese interrogante. En una ocasión, no hace mucho tiempo, un periodista entrevistó a un cardenal del Vaticano: "¿Qué piensa usted de Juan Pablo II?", una pregunta un tanto general. "Es un hombre sumamente peligroso," respondió el cardenal con claridad. "¿Por qué es peligroso?", volvió a preguntar el periodista. "Confía completamente en Dios", afirmó el cardenal señalando, probablemente, una de las actitudes más características y profundas del Pontífice.

Cuando, después de su elección, Juan Pablo salió por primera vez a una de las ventanas del Vaticano, lloró de emoción ante una multitud fascinada; más tarde, los periodistas le llamaron con asombro "Un Papa para tocar", título que ha merecido hasta el último día de su vida.

Juan Pablo II era un hombre muy de la tierra y muy de Dios. Parece que no sólo quería "seguir" a Jesucristo, sino que quería dejarle entrar a través de la oración y los sacramentos hondamente en su corazón; permitió a Cristo vivir en él y actuar desde su interior. Así se explica la gran atracción de este Papa, que ha sido como un imán, no sólo para millones de jóvenes que acudieron puntualmente a sus citas, sino para gente de todas las edades y condiciones: Se podía experimentar la bondad de Cristo en su presencia.

Volver a las raíces evangélicas

El Papa Wojtyla ha renovado las raíces evangélicas del papado. En efecto, algunas escenas evocan vivamente el paso del Hijo de Dios por los caminos de Galilea. ¡Cuánto tiempo ha dedicado Jesucristo a estar cerca de los marginados, de los enfermos, de los pobres y de los llamados "pecadores públicos"! Juan Pablo II fue para muchos de ellos también un testigo de esperanza. Baste recordar que en uno de sus viajes a Francia invitó a los llamados "heridos por la vida" a un gran encuentro en la catedral de Tours donde les hizo palpar la misericordia de Dios, no sólo a través

de sus palabras, sino sobre todo por el sincero cariño que les mostró, abrazando, escuchando y besando a cuantos estaban a su alcance; acudió un creciente cúmulo de gente que sobrepasó toda previsión como a menudo ocurría ya que todos querían estar a su lado.

Y es que el hombre de nuestro tiempo no se convierte cuando lee tan sólo doctos tratados sobre Dios o escucha conferencias eruditas sobre Él; quiere poner sus manos que buscan, como las manos de un ciego que quiere ver, en el corazón abierto de la Iglesia, tal como lo hizo Tomás, el apóstol incrédulo.

Signo de contradicción

Como fiel discípulo de su Señor, el Papa Wojtyla no se preocupó del beneplácito de los “ricos y poderosos”. Comunicó la verdad sin vacilar, a pesar de granizadas y tormentas. Fue *Petrus*, la roca firme, que protege y defiende a los pequeños y da seguridad a los pusilánimes, abriendo, asimismo, horizontes siempre nuevos a los espíritus aventureros. No hay, realmente, nada más revolucionario que una persona que se deja llevar por el Espíritu Santo.

Juan Pablo II no rehusó ser un escándalo para este mundo, y aceptó alegremente que los sempiternos críticos le tomasen por loco, anticuado o ultramoderno, según la perspectiva de cada uno. Aquel que se anticipa a su tiempo y sobresale entre sus coetáneos, ¿no es con frecuencia blanco del odio y la envidia de los demás? Conviene destacar que el doloroso cisma que tuvo lugar durante el último pontificado, fue provocado por los “tradicionalistas” (Lefebvre), no por los “progresistas”. Pero el hecho de que tanto unos como otros le solían flagelar en los medios de comunicación, indica que Juan Pablo mostró el camino recto a través de los montes escarpados a la derecha y a la izquierda.

Icono del dolor

Sólo un hombre muy unido a Cristo puede soportar la injusticia sin llenarse de amargura. Fue el caso del Papa Wojtyla que perdonó a sus opresores; incluso visitó en la cárcel al turco que intentó matarle y le causó un daño físico grave e irreparable.

En la última década, la oposición más atroz iba cediendo, poco a poco, al respeto velado ante la mirada de un Papa cada vez más

anciano, enfermo y frágil. Juan Pablo II se convirtió ante los ojos del mundo en un icono del dolor. No ocultó nunca sus limitaciones. Permitió que le filmaran en su habitación del hospital Gemelli y autorizó, en una ocasión, la publicación de una radiografía de sus huesos. ¿Cabe más sencillez, más transparencia, más rebeldía sana contra la superficialidad de nuestra “cultura de la imagen” que esclaviza y deprime a tantas personas?

El Papa nos enseñó a vivir con libertad y alegría, desde una honda aceptación de nosotros mismos.

Testigo de esperanza

El Papa continuó siendo atrayente durante su larga vejez. Aunque estaba señalado por los sufrimientos más repugnantes, no se cuidó, no se ahorró, no se “conservó”. Y tuvo hasta el final más capacidad de convocatoria que cualquier artista de cine bien maquillado. ¿Cómo se explica este fenómeno? Juan Pablo, ciertamente, no conseguía sus “éxitos” a pesar de la cruz, sino justamente al revés: Los consiguió por la gran cruz que llevaba. Parece que se apoyaba cada vez más en la fuerza del mismo Dios cuyo amor transmitió imperturbablemente a los hombres.

Este Papa nos enseñó a vivir con libertad y alegría, desde una honda aceptación de nosotros mismos. Nos mostró que ser cristianos es ser “más” hombres, y no hombres renuentes, asustados o enlutados. Y nos recordó que también nosotros estamos llamados a luchar con valor contra todo lo que empequeñece al ser humano, lo que le masifica o cosifica, lo que desprecia su dignidad o anula sus derechos. Unidos a Cristo, la victoria es segura, aunque no sea visible en este mundo. ¿Quién puede vencer a aquél, cuyo triunfo presupone el fracaso?

Juan Pablo II fue testigo de la Pasión y de la Resurrección de su Señor. Recordando su figura amable, sonriente, sentada en una silla de ruedas, vienen a la cabeza unas palabras del Nuevo Testamento que describen los amigos de Dios: “Por la fe ejercieron la justicia, alcanzaron las promesas, cerraron la boca de los leones, apagaron la violencia del fuego, escaparon al filo de la espada, convalecieron de sus enfermedades y fueron valientes en la guerra.” Realmente, no fue el Papa Wojtyla actuando con sus fuerzas propias. Hubo en él un misterio que le sobrepasó.

Juan Pablo II nos recordó que también nosotros estamos llamados a luchar con valor contra todo lo que empequeñece al ser humano, lo que le masifica o cosifica, lo que desprecia su dignidad o anula sus derechos.

Jutta Burggraf nació en Hildesheim, Alemania. Doctora en Psicopedagogía, Universidad de Köln; Doctora en Sagrada Teología, Universidad de Navarra; Profesora Agregada de Teología Dogmática de la Universidad de Navarra.



(Foto tomada del libro *San Josemaría. Crónica de la canonización*. Ediciones Palabra, 2002.)

Monseñor Javier Echevarría, Obispo Prelado del Opus Dei, saluda a Su Santidad Juan Pablo II, durante la ceremonia de Canonización de San Josemaría Escrivá de Balaguer, fundador del Opus Dei e inspirador de la Universidad de La Sabana.

Testimonio de Monseñor Hernán Salcedo Plazas, Vice Gran Canciller de la Universidad de La Sabana

Invitación a la eternidad

La historia de la Iglesia y del mundo se encamina, bajo la acción de la Trinidad Santa, al cumplimiento del designio salvífico del "Padre de las misericordias y Dios de toda consolación" (2 Cor 1, 3). Paso al Padre, podríamos llamarla. ¿Qué es el tiempo, sino una invitación a pasar a la unión perfecta con Dios? Un paso que exige la realización hasta el fin de la tarea encomendada a cada uno. Y, si en este noble combate, no hubiésemos sabido cooperar plenamente con el Señor durante nuestra vida terrena, el fuego del amor deberá purificarnos después de la muerte, pues en el Cielo no entra nada manchado. La Providencia divina ha dispuesto que la Pascua fuese el momento del paso de Juan Pablo II de este mundo al Padre.

Mane nobiscum, Domine!, escribió, de su puño y letra, en el recordatorio de la solemnidad de la Resurrección de 2005. Palabras que nos hacen ver que su muerte lo ha acercado de un modo nuevo al mundo que acaba de dejar. Basta contemplar lo que está ocurriendo durante estos días en todas las latitudes de la tierra para comprobarlo.

La vida de los hombres fieles a Cristo ilumina las diversas épocas de la historia. Su mensaje no se apaga con su muerte, sino que resplandece más y más con el transcurrir de los días. La memoria de los acontecimientos y enseñanzas del pontificado de Juan Pablo II me trae al corazón, desde hace varios días, una afirmación del libro del Apocalipsis:

"Al que venza y al que guarde hasta el fin mis obras le daré potestad sobre las naciones (...) y (...) la estrella de la mañana" (Ap 2, 26.28). Bebamos con sed de esta fuente de singular importancia para la historia de la salvación, así seremos capaces de comenzar a recorrer, como Dios espera, la senda del tercer milenio.

Hubiese querido estar presente en el funeral de este santo Papa, pero no es posible. Me queda el consuelo de haber besado una reliquia de su sangre. Ha sido un buen hasta pronto. ¡Gracias Juan Pablo II, y ayúdanos a ser siempre fieles!

Monseñor Hernán Salcedo Plazas
Vice Gran Canciller de la Universidad de La Sabana

Testimonio de la doctora Ilva Myriam Hoyos Castañeda, profesora del Instituto de Humanidades de la Universidad de La Sabana

Doy gracias a Dios por haberme concedido el don de conocer a Su Santidad Juan Pablo II. En la Ciudad del Vaticano pude dialogar brevemente cuatro veces con él. De cada uno de esos encuentros guardo recuerdos imborrables, como su bendición por prestar mi servicio a la Iglesia, la misión que me encomendó de actuar como portavoz de su pensamiento y su reiterada petición de que defendiera la vida humana.

Me cautivó el fondo de su alma, siempre orante, que le llevó a hacer vida la convicción de que cada ser humano hombre, mujer, embrión, feto, niño, joven, artista, anciano, creyente, no creyente es «gloria de Dios». Aquí radica la clave de su reconocimiento mundial, porque el Papa Wojtyła no sólo defendió la idea de que la persona es una novedad en la historia, un milagro de la creación que exige absoluto respeto, sino que hizo que cada ser humano se sintiera interpelado por él, tratado y amado conforme a su trascendente dignidad. A él le pido su protección para que sepamos defender con esa íntima convicción la sacralidad de la dignidad humana.

Ilva Myriam Hoyos

Bogotá, abril 4 de 2005

Declaración de la Universidad de Navarra José M^a Bastero, Rector: "Juan Pablo II, incansable promotor del diálogo entre fe, ciencia y cultura"

"La Universidad de Navarra se une a la oración universal por Juan Pablo II. Junto con el dolor y la esperanza, nos sentimos agradecidos a Dios por su fecundo pontificado y estimulados por su testimonio de fidelidad a su misión hasta el final. Su vida ha sido ejemplo de lo que tantas veces predicó: 'El mundo necesita gente que tenga el coraje de amar y no retroceder ante el sacrificio'.

Como Rector de la Universidad de Navarra, quiero resaltar una de las facetas de la personalidad de Juan Pablo II: Su espíritu universitario. Su pensamiento -original y, al mismo tiempo, arraigado en la tradición-, ha contribuido a realzar la idea de universidad como foro de cultivo y encuentro de todos los saberes. Incansable promotor del diálogo entre fe, ciencia y cultura, los universitarios hemos encontrado en su magisterio una guía para perseverar en lo que él consideraba el más noble fin de la institución universitaria: Servir a la verdad, buscando y difundiendo la verdad".